

Democracia no siempre significa buen gobierno

Alfredo Acle Tomasini©

El actual gobierno del Distrito Federal escogió como lema de campaña y de su gestión, denominar a la capital como la Ciudad de la Esperanza. Frase desafortunada, que más parece una broma cruel, que un intento por estimular confianza hacia el futuro. Hace tiempo que los capitalinos – y éstos no sólo son los que viven en el D. F. - perdimos la esperanza de que nuestros problemas se resuelvan. Nos conformamos con tratar de que afecten al mínimo nuestras vidas.

Por razones obvias, los capitalinos solemos evaluar la gestión de nuestros gobernantes locales, a partir de nuestra realidad más inmediata: la situación del vecindario donde vivimos; las calles por donde transitamos; los alrededores de los lugares que frecuentamos. Por eso, la posibilidad de escoger al gobernador del Distrito Federal, a los diputados locales y, finalmente a los delegados, se convirtió en una idea seductora, que se vendió bien políticamente y se compró, con ingenuidad, por la ciudadanía, porque ésta en principio pensó, que eso la acercaría a quienes habrían de responder a sus demandas y necesidades.

Pero paradójicamente para el ciudadano, esta apertura democrática, que si bien responde a aspiraciones legítimas de representatividad, ha complicado administrativamente la posibilidad de resolver a fondo sus problemas, pues ahora, no sólo existen más autoridades que tienen que ver con ellos, sino que cada una, por el hecho de haber sido electa, no se ve a sí misma como el eslabón de una cadena, que tiene en un extremo, a la problemática de la metrópoli y, en el otro, a sus habitantes. Por el contrario, prevalece la individualidad sobre el trabajo colectivo, mientras que el ciudadano se vuelve rehén de un fuego cruzado.

El debate sobre la construcción del segundo piso del periférico, ejemplifica con claridad la fragmentación de visiones y responsabilidades que prevalece, respecto a uno de los problemas más críticos para la calidad de vida de los capitalinos: la congestión vehicular.

Cualquier persona paciente, que se dé a la tarea de revisar los documentos y declaraciones que expresaron los funcionarios de los gobiernos Federal y del D. F., los diputados locales y los delegados, se sentirá como un enfermo grave, que consciente del avance de sus males, observa con desesperación, como el grupo de doctores que debe atenderle, no se pone de acuerdo ni en el diagnóstico y menos aún, en el proceso de curación. Para acabar de complicar esta confusión, habría que añadir que la mitad del área metropolitana, se asienta en otras dos entidades federativas, con sus respectivos gobiernos estatales y municipales y sus sendas prioridades.

Vivimos en una ciudad sin proyecto. Las urgencias no sólo reemplazan la visión de largo, sino que son, precisamente, la consecuencia de no haber tenido una. El debate de los asuntos públicos y las acciones que eventualmente de ellos se desprenden, toman lugar fuera de un contexto que facilite entender las implicaciones en el presente y futuro de los capitalinos, mientras que la ausencia de un marco de referencia impide darles un orden de prioridad y comprender su interrelación.

Por eso discutir la construcción de una obra, como el segundo piso del “anillo periférico”, cuya vida útil – que no eficiente – sería de por lo menos 30 años, es un ejercicio ocioso, porque ni siquiera tenemos un esbozo, más o menos acordado, de lo que habría de ser el proyecto del área metropolitana para los próximos 20 años. Comprometer sobre supuestos débiles, un monto importante de recursos públicos en la creación de un bien tangible, cuyas consecuencias en la vida y economía de los capitalinos no están debidamente sopesadas, habla más de ignorancia que de sagacidad política.

Abrir espacios democráticos a los habitantes de la Ciudad de México ha sido un logro indiscutible. Pero la democracia per se no resolverá nuestros problemas, mientras no hagamos de ella una vía para definir un gran proyecto metropolitano y poder más adelante, saber si nuestras decisiones nos acercan a la idealización de ese porvenir. Una gestión pública – la de gobernantes y representantes - sin proyecto, es una obra improvisada que, como telenovela, se entreteje a partir de la cambiante opinión del auditorio. Así, se hace dinero en la televisión, pero no se construye un lugar para vivir.